



Andrea Camilleri **La secta de los ángeles**



La secta de los ángeles

Andrea
Camilleri

Traducción de
Juan Carlos Gentile Vitale

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1567

Título original: *La setta degli angeli*

© Sellerio editore via Siracusa 50 Palermo, 2011

© por la traducción del italiano, Juan Carlos Gentile Vitale, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2022

ISBN: 978-84-670-6527-5

Depósito legal: B. 1.448-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Capítulo I. La cuestión de las bolas	7
Capítulo II. El funeral y la fuga de don Anselmo . .	24
Capítulo III. El cólera de don Anselmo y otras complicaciones	38
Capítulo IV. Lo que el doctor Bellanca le contó al alcalde Calandro	53
Capítulo V. Las consecuencias del cólera y otras historias	71
Capítulo VI. Las cosas se complican	87
Capítulo VII. La jornada de las denuncias	103
Capítulo VIII. El abogado Teresi comienza a razonar	122
Capítulo IX. ¿Qué hay en la encella?	137
Capítulo X. El abogado monta la trampa	152
Capítulo XI. Una muerte incómoda	167
Capítulo XII. Cuatro artículos, dos monólogos y un diálogo	183
Capítulo XIII. La rueda gira al revés	200
Capítulo XIV. Cómo acabó la historia	215
Nota	233

CAPÍTULO I

La cuestión de las bolas

—Si los señores socios prestan un momento de atención —dijo don Liborio Spartà, presidente del círculo Honor y Familia—, quisiera abrir la urna y proceder al recuento de las bolas.

En el salón, la charla entre los socios se detuvo poco a poco hasta que hubo un relativo silencio. Relativo porque don Anselmo Buttafava, como de costumbre, se había quedado dormido en el sillón adamascado en el que se sentaba desde hacía más de treinta años y roncaba con tanta fuerza que los vidrios de los balcones que tenía delante temblaban ligeramente. Cuando, unos diez años antes, habían cambiado todo el mobiliario del círculo, tuvieron que dejar aquel sillón para que don Anselmo pudiera utilizarlo, no había habido manera.

—Pero ¿qué es este olor a quemado? —preguntó en voz alta el comendador Padalino cuando el presidente acababa de abrir la urna.

—¿Lo nota también usted? —preguntó a su vez al comendador el coronel Petrosillo, que llevaba tiempo retirado.

—¡Yo también! —dijo el profesor Malatesta.

—¡Sin duda, hay olor! —convinieron muchos.

Mientras todos fruncían las narices y volvían las cabezas a derecha e izquierda para averiguar de dónde venía el olor a quemado, don Serafino Labianca gritó:

—¡Don Anselmo echa humo!

Todos miraron a don Anselmo Buttafava, que seguía roncando, con la cabeza caída sobre el pecho. En efecto, vieron que una columnita de humo, finísima, salía del sillón y se elevaba hacia el techo, decorado con frescos («¡Que ni la capilla Sixtina!», había afirmado el alcalde Nicolò Calandro) por Angelino Vasalicò, pintor de carros y gloria local.

El primero en entender qué sucedía fue don Stapino Vassallo, quizá porque era el más joven de los presentes y sus ojos funcionaban a la perfección, dado que solo tenía cuarenta y dos años, mientras que el promedio de edad de los otros estaba en torno a la sesentena.

—¡El cigarro! —exclamó.

Y corrió hacia el sillón adamascado.

En efecto, el cigarro se le había deslizado a don Anselmo Buttafava de la mano mientras dormía y había ido a parar a sus pantalones, justo en el punto en que, de costumbre, se acomodan las vergüenzas masculinas. El fuego ya había consumido la gruesa tela inglesa de los pantalones y ahora estaba atacando la espesa lana de los calzoncillos.

Mientras don Stapino se precipitaba hacia la mesita de la presidencia, sobre la cual había una jarra de agua, el coronel Petrosillo, hombre de acción, se agachó rápidamente entre las piernas de don Anselmo

y, con la mano izquierda, aferró el cigarro, que tiró al suelo. A continuación, dio un gran manotazo con la mano derecha sobre las partes amenazadas por el fuego.

Don Anselmo Buttafava se despertó de repente por el golpe en los huevos y, al ver al coronel entre sus piernas, malinterpretó lo que estaba sucediendo. Desde hacía tiempo corrían por el pueblo rumores malignos sobre el exceso de confianza que Amasio Petrosillo, que nunca se había casado, daba a Ciccino, el hijo de su capataz, un muchacho de unos veinte años. Por eso, instintivamente, don Anselmo le dio un fuerte puñetazo en la cara al coronel, quien se cayó de espaldas. Tras golpearle, don Anselmo se levantó y corrió hacia la mesa de la presidencia dando voces como un loco:

—¡Siempre había sabido que Petrosillo era un degenerado! ¡Fuera de este círculo!

El presidente Spartà trató de aclarar:

—Don Anselmo, ¡es un error! Mire que el coronel...

Pero don Anselmo, al que bastaba poco y nada para que se encendiera como una cerilla, estaba muy enfadado y no atendía a razones.

—¡Fuera, o él o yo!

—Pero, don Anselmo, si me escucha un momento...

—¡Entonces me voy yo!

De un gran manotazo, tiró al suelo la urna, que ya estaba abierta, y, mientras las bolas rodaban por el suelo, se encerró en el retrete blasfemando como un turco.

Entre una cosa y otra —el coronel, que despatri-

caba y perdía sangre por el puñetazo en la nariz; el presidente, que quería presentar de inmediato la dimisión; el secretario, que iba recogiendo las bolas por el suelo, y un principio de riña entre quienes daban la razón a don Anselmo y quienes no se la daban—, después de una media hora al final volvió la calma.

—Es preciso volver a votar. Los señores socios deben decidir si admitimos en el círculo al abogado Matteo Teresi. Bola negra significa no, bola blanca significa sí. Los socios presentes son veintinueve, dado que el barón Lo Mascolo ha informado de que no podía intervenir, lo mismo ha hecho el doctor Belanca, y don Anselmo Buttafava está...

—... está presente. Por tanto, los votantes son treinta —dijo don Anselmo apareciendo por una pequeña puerta del salón.

El coronel Petrosillo, que aún tenía un pañuelo mojado sobre la nariz, se levantó y dijo:

—Mando a Lola.

Todos se callaron, desconcertados, preguntándose quién era esta Lola y adónde y por qué la quería mandar el coronel. El único que entendió la situación fue, como de costumbre, don Stapino Vassallo.

—Coronel, por favor, aparte el pañuelo y repita. El coronel obedeció.

—Demando la palabra.

—Hable —concedió el presidente.

—Quiero declarar públicamente que don Anselmo Buttafava debe considerarse abofeteado por mí y, por tanto, desafiado a duelo. De modo que designo como padrinos...

—¿Podemos hablar después? —preguntó el presidente.

—Está bien —concedió el coronel.

Votaron.

Y de la urna salieron veintinueve bolas negras que significaban veintinueve noes y una bola blanca que significaba un sí. No había unanimidad, de modo que tendrían que discutir de nuevo el asunto y luego volver a votar, dado que todas las decisiones relativas a un nuevo socio debían tomarse sin ningún tipo de discrepancia.

Don Liborio Spartà decidió intervenir.

—Señores socios, es domingo y dentro de media hora se celebran las misas de mediodía. Y todos debemos ir. Por tanto, propongo que, a pesar de que el reglamento no contempla tal cosa, tratemos de abreviar el procedimiento. ¿Están de acuerdo?

—Sí, sí —afirmaron varias voces.

—Señores, como es sabido, toda candidatura de un nuevo socio debe ser avalada, según el estatuto, por dos socios del círculo con más de cinco años de antigüedad. En este caso específico, quienes respaldan al abogado Matteo Teresi son el barón Lo Mascolo, ausente, y el aquí presente marqués don Fildelfo Cammarata. Claramente, la bola blanca solo puede haberla puesto en la urna el marqués Cammarata, al que pido con cortesía...

—¡Claramente un carajo! —espetó enfadado el marqués.

Era un cincuentón seco como un clavo, casado y padre de ocho hijas, todas santurronas, siempre agitado, siempre con ganas de discutir y de palabrota

fácil. También cuando estaba solo se lo veía gesticular animado: estaba discutiendo consigo mismo.

—Señor marqués, la lógica me lleva...

—¡A mí me importa un pepino adónde lo lleve la lógica —rebatió el marqués poniéndose de pie—, yo digo que he votado, tanto la primera como la segunda vez, bola negra!

Todos palidieron.

—¡¿Cómo?! ¡Si fue usted quien lo presentó!

—Y luego he cambiado de opinión, ¿vale? ¿Uno no es libre de cambiar de opinión?

—¡Ya sé por qué ha cambiado de opinión! —espetó con una sonrisita alusiva don Serafino Labianca, que estaba en el lado opuesto del salón.

Era conocida la mutua animadversión entre ambos. Liberal y masónico don Serafino, papista y santurrón el marqués, ambos estaban enfrentados también por una disputa por la posesión de un cerezo que duraba desde hacía veinte años.

De golpe, la cara del marqués pasó de roja a verde. En esa época no existían los semáforos; si no, la semejanza habría sido perfecta.

—¿Qué pretende insinuar, Serafino de nombre y diablo cornudo de hecho?

—¡Por favor, señores! —imploró el presidente. Don Serafino no le hizo caso.

—Yo no insinúo nada. Usted ha denunciado al padre Raccuglia sosteniendo que se había apoderado de un trozo de tierra suyo, como usted suele hacer con los cerezos ajenos, y le ha pedido al abogado Teresi, que se comería a los curas, asados, fritos, con salsa, que le represente. ¿Es verdad o no?

—¿Es verdad! ¿Y qué sugiere con eso? ¿Qué coño está insinuando? ¡No es que uno, cuando quiere contratar a un abogado, deba abrazar también sus ideas políticas!

—Déjeme terminar. El abogado ha aceptado la causa, pero le ha pedido que apoyara su candidatura al círculo. Y usted lo ha hecho.

—No podía eximirme de tener la cortesía...

—¿Qué cortesía ni cortesía! El abogado le ha dicho que, si usted lo apoyaba, no le cobraría una lira por la demanda. ¡Y usted que, a pesar de su riqueza, es tacaño como un río seco, no se lo podía creer!

—¿Y entonces por qué he votado en contra, me lo explica?

—Claro que se lo explico. Cuando el juicio aún no había comenzado, el padre Raccuglia se ha dejado convencer, por una persona que usted ha puesto de por medio, de que reconociera que estaba equivocado, así que usted ha retirado la demanda. En consecuencia, usted, que se había dirigido al abogado Teresi, el único en el pueblo que tendría la desfachatez de presentar una demanda contra un cura, le ha dado de inmediato la espalda. Como ve, no he insinuado nada.

—¡No, usted está insinuando que yo puse en medio a una persona! Ante todo, ¡dé el nombre!

—¡No! ¡Nada de nombres! ¡Acabemos de una vez! ¡Basta! ¡Es tarde! —espetaron varias voces.

Aquel nombre no debía pronunciarse en absoluto. La discusión estaba tomando una senda peligrosa. El nombre que no se debía pronunciar era el del tío Carmineddru, el jefe de la mafia del pueblo, hombre de respeto y de consecuencia.

—Entonces, señores, después de la declaración del señor marqués, me veo obligado a dirigirme al ignoto socio que...

—¿Y cómo se explica que dos nobles, el barón Lo Mascolo y el marqués Cammarata, se hayan dirigido al abogado Teresi, que es conocido como un notorio alborotador?

Aprovechando el instante de silencio, don Serafino, con la sonrisita habitual, había conseguido introducir su pregunta, que en verdad todos se habían planteado.

—¡Yo, hombre sin Dios, le rompo los huesos! —exclamó el marqués levantándose de pronto de la silla y precipitándose hacia su adversario.

No logró alcanzarlo porque tres de los presentes lo detuvieron. Echando espuma por la boca, como un toro furioso, el marqués abandonó la reunión.

—Señores, por favor, intentemos acabar. Ya han llamado a misa. Ahora me dirijo al ignoto...

—¿Y del duelo cuándo hablamos? —preguntó el coronel Petrosillo, a quien le hervía la sangre, así que se encolerizaba más cada minuto que pasaba.

—Después, después.

Hubo una especie de coro.

—Entonces rogaría al socio desconocido que ha votado por la admisión que nos explique... —empezó el presidente.

—No es preciso rogar un carajo —dijo don Anselmo Buttafava—. Fui yo quien votó que sí.

—¿Por qué? —preguntó el presidente—. Me parece que usted expresó varias veces en el pasado que no quería ver al abogado Teresi aquí dentro ni muerto.

—En efecto, en la primera votación he dicho que no.

—¿Y entonces por qué ha cambiado de idea?

—Porque si en este círculo hay un marica como el coronel Petrosillo no veo por qué motivo no puede haber un bakuniano como el abogado Teresi.

—El razonamiento es coherente —afirmó don Serafino, que aquella mañana de domingo parecía que tenía la intención de tocar las narices a toda la creación.

El coronel Petrosillo se puso de pie, pálido como un cadáver.

—¡Considérese abofeteado también usted! —espetó a don Serafino.

—Yo no me considero nada. Si tiene el valor, venga y abofetéeme. Y dado que ya le han roto otra cosa, le rompo yo la cara, como ha empezado a hacer don Anselmo.

El coronel abrió la boca para replicar, pero en aquel preciso momento, debido a los nervios, le dio un patatús. Tieso como un palo y con los ojos en blanco, cayó de espaldas. Cada tanto le daban ataques de epilepsia. Perdieron un cuarto de hora hasta que consiguieron que volviera en sí y lo acompañaron a su carroza.

—Señor presidente, ¿me concede la palabra? —preguntó el notario Giallonardo.

—Está en su derecho.

—Usted ha dicho, hace poco, que los garantes del abogado Teresi habían sido don Filadelfo Cammarata y el barón Lo Mascolo. ¿Es así?

—Es así.

—Y entonces, tras declarar don Filadelfo que había votado nada menos que dos veces en contra de su admisión, este gesto reiterado viene a invalidar sustancialmente su precedente aval, diría que lo anula del todo. En consecuencia, si las cosas están así, la candidatura del abogado Teresi estaría respaldada por una sola firma, la del barón Lo Mascolo. Pero, con el estatuto en la mano, un solo aval no es suficiente. Ergo, es como si el abogado Teresi no hubiera presentado nunca la solicitud de admisión.

—¡Joder, qué mente más refinada! —exclamó con admiración don Stapino Vassallo.

—Me parece que tiene mucho sentido —dijo el presidente—. Los señores socios están de acuerdo con...

—¡Sí! ¡Sí!

Un coro unánime.

—Entonces, se levanta la sesión —anunció el presidente.

Y enseguida hubo un huye-huye, un escapa-escapa, un empuja-empuja para salir de allí y correr a la última misa en las respectivas iglesias.

Pueblo de siete mil habitantes, situado justo en el centro de grandes latifundios, en 1901 Palizzolo presumía de contar con dos marqueses, cuatro barones, un duque de ciento dos años que ya no salía del castillo y un mártir antiborbónico, el abogado Ruggero Colapane, ahorcado en la plaza pública por su adhesión a la República partenopea.

Pero su mayor orgullo eran las ocho iglesias, cada

una provista de un campanario y de campanas tan potentes que cuando sonaban todas juntas era como si hubiera un terremoto.

La nobleza y los terratenientes se habían repartido siete de esas ocho iglesias en virtud de antipatías y simpatías, parentescos aceptados y parentescos rechazados, viejos rencores, litigios que se remontaban a los tiempos de Carlos V, demandas civiles que comenzaron en la época de Federico II de Suabia y continuaron hasta después de la Unificación de Italia, odios implacables y amores variables.

Así, por ejemplo, en la iglesia de la Dolorosa, nunca habían coincidido a la hora de la misa, celebrada por el párroco Angelo Marrafà, dos individuos como don Stapino Vassallo y don Filadelfo Cammarata.

En 1514, una antepasada de don Stapino —para ser precisos, la joven y bella Attanasia— se había casado, a los dieciséis años, con un ascendiente del marqués Cammarata, un cuarentón llamado Adalgiso. Después de dos años de matrimonio, celebrado pero no consumado por *impotentia coeundi* del esposo, Attanasia, harta de hacer de monja de clausura estando casada, comenzó a mirar a su alrededor. Y, mira que te mira, se quedó embarazada, parece que de un mozo de cuadra. Adalgiso echó a su mujer de casa acusándola de ser una cualquiera, Attanasia rebatió que su marido no conseguía hacerlo, dado que la tenía de requesón. De aquí, demandas, procesos y peleas por los cuales las dos familias no solo habían dejado de saludarse, sino que no perdían ocasión de hacerse daño.

La octava iglesia, la del Santísimo Crucifijo, en la que oficiaba don Mariano Dalli Cardillo, un párroco de setenta años, no era frecuentada ni por los nobles ni por los propietarios, ni siquiera por los burgueses. Era la iglesia de los aldeanos, de la gente pobre, de quienes vivían a pan y aire.

—Amados hijos —comenzó el padre Alessio Terranova, párroco de la iglesia de San Juan, cuando llegó a la explicación del Evangelio—. Hoy me veo obligado a hablaros de un hecho grave. El pasquín que un abogado local, de quien no quiero dar el nombre porque me ensuciaría la boca, dirige e imprime a sus expensas y difunde también en los pueblos cercanos, ha publicado esta mañana un artículo donde, además de los habituales y vergonzosos insultos a la Santa Madre Iglesia y a quienes humildemente la representamos, se ríe del sacramento del matrimonio y de la virginidad de las jóvenes, se burla de la castidad, el pudor, la virtud femenina... Pues bien, yo os exhorto, amados hijos y, sobre todo, amadas hijas, a no escuchar semejantes vilezas, que con toda evidencia están inspiradas por el diablo. La virginidad es el don supremo que una jovencita hace a su legítimo esposo, similar en todo a una flor que...

El padre Raccuglia, párroco de la iglesia matriz, la más antigua del pueblo, también él, en la explicación del Evangelio, dijo que Palizzolo corría un grave peligro, el de acabar exactamente como Sodoma y

Gomorra si se difundían los sacrílegos pensamientos de un picapleitos al que le agradaba que lo llamaran abogado de los pobres y que, en cambio, era el abogado del diablo. Este hombre, si podía llamarse hombre a alguien sin Dios que despreciaba la familia, la religión, la patria y todas las cosas bendecidas por el Señor, había escrito en su periódico que la virginidad, el bien supremo de las jovencitas, ¡era solo una mercancía de intercambio! ¡Era algo que un varón, al casarse, compraba con dinero en metálico! ¡Infame blasfemia! La virginidad, era, en cambio...

Aquel domingo, el notario Giallonardo, al final de la misa, se detuvo a hablar con don Liborio Spartà delante de la iglesia de San Cono, patrono de Palizzolo, y de la cual era párroco el padre Filiberto Cusa.

—Yo no entiendo una cosa —espetó el notario—. ¿Por qué el abogado Teresi ha solicitado la admisión sabiendo que, sin duda, la rechazarían?

—En mi opinión —dijo don Liborio—, quiere presumir.

—¿Con quién?

—Con aquellos a los que defiende. Los muertos de hambre, los que no tienen ganas de trabajar, los subversivos, los que carecen de honor... Dirá: «¿Veis? Los nobles, los burgueses y los terratenientes no me quieren con ellos. ¡Y esta es la demostración de que soy uno de los vuestros!».

—No consigo entender qué tiene este hombre en la cabeza —repuso el notario, pensativo—. Ha matado a disgustos a su padre, don Masino, que siem-

pre fue una excelente persona. ¿Cómo? ¿Has estudiado para farmacéutico y no estás contento? No, señor, se licencia también en Derecho, reniega de su familia y de la clase a la que pertenece y se pone a hacer lo que hace. ¡A fuerza de azuzar a los muertos de hambre, hará estallar la revolución en Palizzolo!

—Para ser peligroso, es peligroso —dijo don Liborio.

—Quizá habría que pensar en ello antes de que sea tarde —concluyó el notario, viendo que don Filiberto, el párroco, recién salido de la iglesia, se les acercaba y los saludaba agitando los brazos en el aire.

—¡Os he visto, eh! —dijo don Filiberto—. ¡Habéis llegado tarde a la misa! ¿Cómo es eso?

—Hemos tenido una mañana difícil en el círculo —respondió don Liborio.

—¿Por qué?

—Hemos votado la solicitud de admisión del abogado Teresi —dijo el notario.

—¿Y cómo ha terminado? —preguntó el párroco poniéndose serio, tan risueño como estaba un momento antes.

—No ha sido considerada válida.

—¡Menos mal! ¡Si hubierais aceptado, os habría negado los sacramentos! ¿Queréis saber algo? A Teresi, cuando muera, ¡ni el diablo lo querrá en el infierno!

Rieron los tres.

Apenas salieron de la iglesia del Corazón de Jesús, de la que era párroco don Alighiero Scurria, el co-

mendador Padalino y don Serafino Labianca se dirigieron, como hacían cada domingo por la mañana, hacia el Gran Café Garibaldi para beber el habitual vasito de malvasía antes de ir a comer. Es cierto que don Serafino era liberal y masón, pero como tenía miedo de que Dios existiera de verdad, por las dudas, ningún domingo se perdía la misa.

Se sentaron a una mesa y empezaron a hablar. Y el tema de su charla no podía ser más que Matteo Teresi.

—La solicitud de socio la ha presentado aposta para provocarnos —dijo el comendador.

—Es evidente —convino don Serafino.

—Pero sería un error reaccionar a sus provocaciones, ¿no le parece?

—Estoy por entero de acuerdo con usted.

—Por otra parte, no podemos soportarlo eternamente.

—La paciencia tiene un límite.

—Me da miedo que este hombre un día u otro acabe haciendo daño, daño de verdad. ¿Está de acuerdo?

—¿Cómo no?

—Usted, don Serafino, en el círculo ha formulado una pregunta inteligente, pero no nos han dado la respuesta.

—No me acuerdo. ¿Cuál era?

—¿Cómo es que dos nobles han apoyado la candidatura de Teresi?

Don Serafino rio.

—¡Pero es justo por lo que usted acaba de decir! Tienen miedo de que el abogado, a fuerza de insti-

gar a los muertos de hambre, haga estallar un follón. Y ellos, como es evidente, quieren tenerlo como amigo.

El camarero trajo dos vasitos de malvasía. Se los bebieron en silencio.

—Quizá —prosiguió don Serafino— deberíamos hablar de este tema, que me parece bastante urgente, con algún otro amigo. Y luego vernos en mi casa.

—Me parece una buena idea —afirmó el comendador.

El profesor Ubaldo Malatesta, director de la escuela primaria, la única que había en Palizzolo, entró en la sacristía de la iglesia de la Santísima Virgen mientras el párroco, don Libertino Samonà, se estaba quitando los paramentos, ayudado por un niño.

—¿Cómo es que hoy no ha venido a oficiar misa? —preguntó don Libertino.

El profesor, que era un hombre tímido, se ruborizó de la vergüenza.

—He venido a disculparme. Se me ha hecho tarde en el círculo y...

—¡¿Cómo?! Viene a decirme que el vicio del juego lo ha apartado de...

—No, padre, esta mañana no se jugaba. Había que votar la admisión como socio del abogado Teresi.

El padre Samonà medía un metro ochenta y cinco de altura, y un metro ochenta y cinco de anchura. Apuntó un dedo que parecía una maza contra el

profesor Malatesta y preguntó, con una voz de diluvio universal:

—¿Y usted cómo se ha comportado?

—He vo... he votado no.

—Si hubiera votado que sí, sépalo, ¡no solo no lo habría dejado ayudar más en la santa misa, sino que además lo habría echado de la iglesia a patadas!